

Revivir la tradición: un proyecto en torno a las bibliotecarias a caballo de Kentucky

Concepción Martínez Pasamar

Universidad de Navarra

0. Introducción. Un libro sobre las bibliotecarias montadas de Kentucky

Cuando en el verano de 2020 leí *El infinito en un junco*, de Irene Vallejo, no imaginaba que ese mismo otoño iba a recibir una propuesta relacionada con uno de los muchos subtemas que contiene este magnífico ensayo. Teresa Benítez, la directora de *A fin de cuentos*, una editorial independiente especialmente enfocada en el libro de no ficción para la infancia y los jóvenes lectores, me escribió aquel octubre. En su correo me hablaba de cómo gracias a esa historia divulgativa del libro y las bibliotecas había conocido la labor de las *book women* montadas del este de Kentucky. La pasión con la que se refería a estas mujeres se sumó a los motivos que me conducían aceptar el reto de escribir e ilustrar un libro sobre ellas y su papel en su comunidad. Su mensaje se cerraba con este párrafo, que terminó de decidirme:

Te diré que tampoco hay una edad de lector definida. Creo que lo primero sería investigar y ver cómo afrontarlo mejor. No necesariamente tiene que tener un texto largo: lo importante sería explicar quienes fueron estas mujeres, el entorno en el que trabajaron y la gesta que llevaron a cabo, pues sin duda tuvo mucho de heroico su labor. En medio de las montañas, entre casas llenas de polvo de carbón, aparecían como ángeles buenos trayéndoles la "mercancía" que les permitía evadirse por un rato y soñar.

Un libro informativo, lleno de emoción, así lo veo yo.

Por mi formación y mi dedicación profesional, los libros y la investigación forman parte de mi entorno y tareas habituales, pero, además, la América rural y sus gentes me han interesado en lo personal. Ya me había acercado a ella a través de la música y la lectura; incluso había tenido ocasión de atravesar la zona boscosa de los Apalaches que linda con el este de Kentucky. Parecían confluir, pues, los ingredientes necesarios -interés y emoción- para implicarme en un proyecto así, y acepté.

Enseguida comencé con las lecturas para obtener la información que habría luego necesariamente de reducir en este libro. La propuesta de Teresa Benítez llegaba acompañada de una primera remesa de fuentes, conformada por enlaces a prensa o blogs sobre el tema. A lo largo de los siguientes meses la documentación se fue nutriendo de nuevos materiales de distinta naturaleza: archivos fotográficos, entrevistas, trabajos académicos o algunas obras de ficción y no ficción para públicos de diferentes edades (cf. Bibliografía) me permitieron acercarme al contexto histórico y a la sociedad en que surgió y se desarrolló este proyecto de bibliotecas móviles.

Así pues, ha sido la elaboración de este *Bibliotecarias a caballo* (A Fin de Cuentos, 2022) la que me ha brindado la ocasión de profundizar en un tema apasionante e inspirador, enraizado en una tradición antigua que se prolonga hoy en muchos lugares del mundo de diversas maneras. Con ese acervo común entronca también aquel proyecto desarrollado entre 1934 y 1943 en varios condados de Kentucky.

En los siguientes epígrafes expondré brevemente el marco de su gestación (§1), explicaré sus características (§§2 y 3) y efectos más relevantes durante el periodo en que se mantuvo vigente (§§4 y 5) y, finalmente, apuntaré algunas ideas inspiradas en la labor de estas mujeres que podrían desarrollarse y concretarse en las actuales bibliotecas móviles (§6).

1. El marco histórico y social del plan

Para entender las circunstancias en que surge el proyecto de las bibliotecarias montadas es necesario remontarse al primer tercio del siglo XX y a la crisis económica desencadenada tras el conocido como *Crac del 29*, con repercusiones en todo el mundo. En efecto, después de años de prosperidad, en una semana se desencadenó la fractura de toda la economía estadounidense

al caer los valores de la Bolsa de Nueva York. Muchas personas de toda condición habían invertido y solicitado préstamos en unos años de euforia económica y al colapsar bruscamente el precio de aquellas acciones, la voluntad de vender chocó con la ausencia de compradores. La devaluación y las pérdidas resultaron inevitables.

Aquel octubre negro quebraron empresas y bancos, se perdieron ahorros de toda una vida, puestos de trabajo, así como todo tipo de propiedades: millones de personas adquirieron repentinamente la condición de pobreza y debieron afrontar casi una década de recesión económica. Así, los años treinta resultaron especialmente duros en los Estados Unidos; más aún en algunas regiones rurales donde las condiciones de vida nunca habían llegado a parecerse ni remotamente a las de las grandes ciudades de los rascacielos que por entonces asombraban al mundo.

La Gran Depresión se extendería durante largos años y nutrió de terribles imágenes que han pasado a formar parte del imaginario occidental, como las recogidas por la cámara de Dorothea Lange o Walker Evans. Precisamente fue una periodista, Lorena Hickock, íntima de Eleanor Roosevelt, la encargada de informar de primera mano a las instituciones sobre la verdadera situación del país tras el hundimiento del país. En el verano de 1933 realizó un viaje en automóvil a través de diversos estados, donde fue testigo de numerosos casos de extrema miseria. Así comprobó de primera mano que la situación era desastrosa, y parecía tener raíces más profundas, mucho más antiguas que la crisis de la bolsa de Nueva York.

En las comarcas rurales de los Apalaches, la reportera vio la miseria y el hambre, carencias de lo más esencial, como calzado y ropa, la tremenda precariedad de las viviendas.

Al este de Kentucky, en la región montañosa, el paro alcanzaba casi la mitad de la población, que en su mayor parte se dedicaba antes a la minería del carbón. Los cierres en la industria habían reducido también drásticamente la actividad minera. Por eso, en una región donde el relieve y el terreno agreste imposibilitaban la agricultura salvo en el fondo de algunos valles, la mera supervivencia se había convertido en el principal afán. Además de luchar contra la tuberculosis o la disentería, la escasez de alimentos provocaba enfermedades como la pelagra y a menudo tenía como desenlace la muerte, que se cebaba especialmente con la infancia.

Resultaba indispensable actuar, y el gobierno de Roosevelt lo hizo a través de una serie de medidas económicas que recibirían el nombre de *New Deal*. Entre ella, se creó en 1935 la WPA (*Works Progress Administration*), una agencia que debía proporcionar un salario a muchos de los desempleados que la crisis había generado y que en los años más oscuros de la Gran Depresión no encontraban medios para alimentar a sus familias.

La agencia puso en marcha numerosos programas, pero gran parte de los puestos creados se ofrecían a los varones, sobre todo a los de las áreas menos industrializadas, para construir obras públicas, un trabajo que requería de fuerza física y suponía, además, el desplazamiento de los empleados. Esta ausencia forzosa se sumaba a los numerosos casos en los que la desesperación también causaba la marcha del cabeza de familia, en no pocas ocasiones sin retorno.

Por unas causas u otras, muchas familias quedaban así mermadas, especialmente en las áreas rurales donde los puestos de trabajo escaseaban aún más. Allí, pues, tampoco había medios, y las mujeres apenas podían mantener a los niños y ancianos que quedaban a su cargo. Por este motivo, la WPA ideó otro plan con trabajos que les permitieran obtener alguna remuneración, en ocupaciones consideradas en aquella época apropiadas para las mujeres.

Algunas veces, los empleos se basaban en tareas tradicionalmente asignadas a este sexo, como la costura o la preparación de alimentos. En otras ocasiones, eran trabajos de asistencia, cuidado o enseñanza, en hospitales, escuelas o bibliotecas, donde la presencia femenina ya tenía alguna trayectoria.

Ahora bien, en muchas zonas, también en la región del este de Kentucky, no abundaban precisamente los hospitales o las escuelas; menos aún las bibliotecas. De estas, además, gran parte eran ambulantes, para zonas en las que la población se encontraba muy dispersa y aislada,

así que una persona debía encargarse de transportar las lecturas y recoger las peticiones en un área en que no solo escaseaban las carreteras, sino incluso los caminos.

Y es que por aquel entonces y en aquel rincón del país -como en muchos otros lugares, en realidad-, la vida era aún muy similar a la de siglos anteriores.

En el este de Kentucky las casas se desperdigaban en los pequeños valles, accesibles por senderos de tierra que a menudo discurrían por el lecho mismo de los arroyos. Las construcciones eran a menudo sencillas cabañas de troncos de una sola pieza, eso sí, casi siempre con un porche, en la tradición popular estadounidense.

El calor o el frío se colaban entre las rendijas de los tablones, haciendo de lo que debía ser una casa un tosco refugio, pues aunque las grietas entre los troncos se completaban con arcilla o barro, los materiales terminaban por deteriorarse, y los muros debían cubrirse entonces periódicos o viejos almanaques, una constante en los interiores de estas viviendas. Sin electricidad ni agua corriente, aquellas cuatro paredes carecían de cuarto de baño o de cualquier comodidad y acogían los escasos muebles: las camas donde dormían varios miembros de la familia compartían espacio con algunos asientos o la mesa: las colchas de retales separaban algunas veces la zona de descanso del área de convivencia, en torno al hogar o a una estufa.

Pero en medio de aquella vida siempre había algún espacio para el sentimiento y la belleza: las pocas posesiones que conectaban distintas generaciones de una familia se valoraban como tesoros: una alfombra anudada a mano, un viejo instrumento, una fotografía, un cuchillo heredado... Tal vez un libro pudiera pasar a formar parte también de aquellos medios capaces de transportar el alma más allá de lo inmediato. Era pues, el momento de hacerlos llegar hasta aquellos lugares, hasta aquellas personas.

2. *The Pack Horse Library Project*. Un proyecto de bibliotecas móviles

Así, se pensó que un proyecto de bibliotecas móviles podría tener una doble vertiente positiva: podría paliar el aislamiento, las altas tasas de analfabetismo; podría también sustentar a las familias de quienes se ocuparan de distribuir las lecturas. Y las mujeres podrían desempeñar esta tarea, en la que fueron mayoría, sin que faltaran algunos varones, de cargar sus monturas de libros y llegar con ellos a las cabañas y a las pequeñas escuelas rurales de los Apalaches. Se convertirían en “bibliotecarias montadas”: tendrían un trabajo con el que sustentar a sus familias y a la vez realizarían una aportación a la comunidad.

Había ya existido previamente un intento, entre 1913 y 1914, también a cargo de una mujer, May F. Stafford, que se extinguió por falta de fondos, pero inspiraría años más tarde el plan de las *Pack Horse Librarians*. La región del este de Kentucky fue pionera en poner en marcha el proyecto dos décadas más tarde precisamente por ser una de las más necesitadas: más del 60 % de la población, aislada y mal comunicada, carecía de acceso a las bibliotecas públicas y un porcentaje muy alto seguía sin alfabetizar.

El Condado de Leslie fue el primero en organizar este servicio, en 1934; la WPA lo tomó a su cargo enseguida, y en los dos años siguientes el proyecto se había extendido a varios condados vecinos de Harlan, Clay, Whitley, Jackson, Owsley y Lee, a veces sencillamente por un deseo de emulación al correr las noticias de lo que estaba sucediendo en las áreas próximas: todos querían tener su biblioteca, por limitada que fuese.

De este modo, en poco tiempo los habitantes de estas regiones se acostumbraron a distinguir, allá donde las sendas se desdibujaban, el perfil de estas nuevas Amazonas.

Pero antes de llegar a ello harían falta, en primer lugar, libros y también algunos lugares para acogerlos, a modo de una “biblioteca central” en la población más importante de cada condado. Ahora bien, esa sede podía ser, en realidad, la oficina de correos, el centro cívico, si lo había, la escuela, un almacén o incluso un pequeño espacio en una casa particular. Tampoco podía funcionar como una biblioteca propiamente dicha, pues la escasez de publicaciones y materiales –eran comunes las cajas de queso como ficheros- y la falta de accesibilidad de los usuarios

impedían que pudieran mantenerse en una sede fija. Al contrario, para seguir nutriendo de novedades a las diferentes zonas, las publicaciones deberían intercambiarse, rotando siempre entre las sedes centrales vecinas.

Pero los fondos gubernamentales alcanzaban únicamente para el salario de la supervisora y las *book women*, como eran conocidas popularmente. Por eso conseguir libros fue también tarea a menudo difícil. Se recibieron al inicio revistas y libros usados a través de las Asociaciones de Padres de Kentucky y se organizaron también colectas para la compra de libros, mientras seguían llegando donaciones de otros lugares del país con las que sustentar el camino de los libros hasta aquellos lugares remotos. La fama del proyecto continuaría atrayendo nuevos fondos.

Para formar parte de esta red de bibliotecarias el requisito esencial era saber leer y escribir. Además, para trasladar los materiales a través de un territorio donde las sendas discurrían en los lechos de los arroyos o sobre los caminos previamente trazados por los animales, se hacía necesario contar con caballo o una mula que pudiera recorrer con su carga de papel la distancia que debían cubrir diariamente cuando salían: unas 18-20 millas diarias. Con su salario semanal de 28 dólares, las bibliotecarias debían hacerse cargo de todo lo demás: mantener el animal y los enseres de su equipo. Necesitaban ropa y calzado cómodos, bien abrigados en invierno. Era preciso también contar con una cartera, alforja o bolsa donde transportar los libros; a menudo debían coserla ellas mismas de una vieja funda de almohada. A menudo también invirtieron parte de su propio salario en adquisiciones.

Varias veces por semana, la bibliotecaria comenzaba su recorrido al despuntar el alba y no regresaba hasta haber completado su ruta. Tras haber asegurado el cuidado de los niños o los ancianos a los que mantenían, emprendía el trayecto a lomos de su montura con las alforjas repletas de libros. Recorría la región a lo largo de todo el año, en condiciones a veces realmente adversas: senderos apenas hollados, torrentes crecidos en primavera, nieve o lluvia, calor en verano y animales como coyotes, osos o pumas eran algunas de las dificultades a las que hacer frente. Llegar a los usuarios, a las casas o escuelas, suponía largas horas cabalgando en soledad, desmontando cuando la ruta se complicaba, lo que sucedía en no pocas ocasiones, las pocas sendas discurrían por parajes cuyos mismos nombres hablaban de lo inhóspito del terreno: *Hell-for-Sartin* -deformación de *Hell for Certain*-, *Stinky Hollow*, *Cut Shin Creek* o *Troublesome Creek* eran algunos topónimos de la zona. Los habitantes de las cabañas más distantes en ocasiones iban al encuentro de estas mujeres y esperaban en el día previsto en un cruce de caminos o bajo un árbol concreto; esto fortalecía del compromiso de las bibliotecarias, que no faltaban a su cita si no era imprescindible.

Aún debían hacer frente a otros obstáculos menos tangibles: el analfabetismo, la superstición y un tradicionalismo atávico causaban a menudo recelo frente a las novedades que podían aportar los libros o revistas. Por eso resultaba también importante que las bibliotecarias formaran parte de la comunidad de los receptores y supieran romper los temores, a veces proporcionando lecturas religiosas que tranquilizasen las conciencias y abrieran el camino a la ciencia o la literatura. Pero la dureza del trabajo imprimía aún más valor y responsabilidad a su tarea, de la que se sentían orgullosas y que dieron a conocer en diferentes encuentros nacionales. Es bien conocido el interés personal de Eleanor Roosevelt por esta empresa esencialmente abordada por mujeres.

3. En las alforjas: las lecturas de la red

En un tiempo de escasez, todo bien personal es precioso. Eran pocas las familias que contaban con libros entre sus posesiones, y, de hecho, muchos adultos no sabían leer, pero todo ser humano aprecia el poder y el valor de una historia, real o imaginada. La tradición oral las entregaba de una generación a otra en forma de canciones o relatos, y es cierto que algunas personas tenían también la capacidad de inventar o de fabular. Con todo, frente a ese patrimonio

inmaterial, los libros ofrecían nuevas y más amplias ventanas al mundo y a la imaginación, puertas por las que escapar de la monotonía, de la escasez, de la dureza de la realidad. También nuevas maneras de afrontarla.

Para volar con la mente, muchas personas se embarcaban con Tom Sawyer y Huck Finn en una balsa por el Mississippi o acompañaban a *Robinson Crusoe*, que también luchaba en su isla por la supervivencia, como *Los Robinsones suizos*. Sin duda, los libros de aventuras estaban entre las lecturas favoritas. Para hacer frente a la vida diaria, en cambio, fueron útiles los libros que explicaban cómo cultivar, cazar o construir; también distintos folletos o artículos relacionados con la educación familiar la higiene o la salud eran muy requeridos.

Las bibliotecarias hicieron llegar asimismo a las pequeñas escuelas rurales material escolar y lecturas literarias: su llegada era también allí un acontecimiento y fueron muchos quienes se aficionaron a la lectura, hasta el punto de que también algunos padres se quejaban del tiempo que perdían sus hijos leyendo o del combustible y las velas que gastaban en esta actividad. Siendo común el analfabetismo, a menudo eran los niños quienes leían o ayudaban a leer a sus mayores y entre los libros más demandados se encontraban libros para la infancia o novelas para todos los públicos, como *Los Viajes de Gulliver*, *Oliver Twist*, y más recientes, como *Heidi* o *Peter Pan y Wendy*.

Cuesta imaginar qué significaba la llegada un libro porque cuesta también imaginar una vida tan aislada y limitada, tan llena de carencias. Pero lo cierto es que, sin otros medios de comunicación y sin la posibilidad de salir de aquellas montañas, los viejos periódicos o publicaciones periódicas como *Western Story Magazine* o *National Geographic* permitían el viaje imaginario a otros paisajes y otras formas de vida en los inmensos Estados Unidos y mucho más allá. Revistas sobre caza o para “manitas” -*Popular Mechanics*-, de actualidad o dirigidas más específicamente al público femenino -*The housekeeper*, *Collier's*, *Better Homes and Gardens* etc.- eran también solicitadas.

Si los materiales impresos, además, contenían fotografías o ilustraciones, aquellas páginas, como las de los libros infantiles, eran muy apreciadas por los adultos analfabetos, que siempre podían “leer” las imágenes. Por eso también en ocasiones era la propia bibliotecaria quien leía un pasaje, alguna noticia, o la correspondencia de otro modo indescifrable para tantas personas. Entre las anotaciones que estas mujeres realizaban en la ficha que completaban tras cada salida abundan los apuntes con anécdotas como las que a continuación traduzco con libertad, que se recogen y amplían con otras muestras en *Bibliotecarias a caballo*:

. *Un anciano me dijo lo feliz que lo hacía la compañía de un libro, con lo aislado que se sentía en su valle solitario (Stinky Hollow/ Hondonada Maloliente).*

. *Hoy leí una carta a una mujer que la había recibido hacía tres semanas y aún no se había enterado del nacimiento de su nieta. Se le escaparon las lágrimas al saber que la habían bautizado con su nombre.*

Finalmente, cabe destacar que en el tiempo que duró el proyecto, la labor de las bibliotecarias conformó un canon literario para la región, pues el traslado de los materiales de un condado a otro hizo que las publicaciones circularan entre los habitantes del este de Kentucky, que se nutrirían de un mismo saber práctico, una misma información y una misma Literatura.

4. La vertiente creativa: de bibliotecarias a editoras

Los libros, que ya llegaban usados a las bibliotecas, se deterioraban con rapidez: de las alforjas a las manos no siempre cuidadosas y de vuelta a al vaivén de las monturas, las dobleces a modo de punto de lectura y el hábito de humedecerse el dedo al pasar las páginas no ayudaban a su mantenimiento. Las bibliotecarias repartían postales para ser empleadas como marcapáginas o prepararon los suyos con distintos materiales, pero una vez a la semana solían reunirse en la biblioteca central para reparar las publicaciones. Si revistas, libros y folletos quedaban inservibles, idearon nuevas maneras de seguir surtiendo de lecturas a las familias a

las que atendían. De hecho, pasaron a ser “editoras” a su manera, pues supieron hacer de la dificultad virtud: a los recortes de texto de las partes en buen estado añadieron imágenes de distintas procedencias, atendiendo muy especialmente a las peticiones e intereses de los lectores para conformar nuevas obras. En esa actividad seguían en parte la tradición del *scrapbooking* o cuaderno de recortes, que, iniciada en el XVIII, se había popularizado notablemente desde la época victoriana.

Esta labor de compilación se enriqueció con la propiamente creativa, ya que construyeron de este modo misceláneas y monografías, a menudo a partir de materiales provistos por los lugareños, especialmente por las mujeres, que compartieron recetas, patrones, baladas, historias locales, etc. Se trataba, pues, de libros no solo compuestos para los vecinos, sino con materiales e información local. Esta fue, sin duda, otra manera de conformar ese canon de información y lecturas de que hablábamos más arriba.

En un libro de recortes no faltaban los temas de actualidad, como las noticias sobre famosos, nuevos medios de transporte o sobre los acontecimientos internacionales que estaban teniendo lugar en Alemania –el auge del nazismo- España –la guerra civil-. En sus páginas podían reunirse patrones de costura, pues abundaban las muestras para coser edredones de retales; en otras ocasiones agrupaban recetas, baladas, curiosidades e historias locales –recogen, por ejemplo, la llamativa toponimia-, consejos para la granja, remedios caseros y medicinales. Las bibliotecarias se ocupaban de completar estos *scrapbooks* con nuevas imágenes, pero también cosían las páginas o añadían las cubiertas, ocupándose de todo el proceso.

Los libros así creados superaban los dos millares –en 1940 el recuento indica 2582 ejemplares-, y en ocasiones los realizaban también algunos lectores. Su estatus era similar al de otras publicaciones de la biblioteca, pues en las fichas del proyecto constan de la misma manera que las revistas y libros. Ahora bien, como materiales de carácter efímero, son pocos los que han llegado hasta nuestros días; algunos de los conservados parecen haber sido obsequiados por las bibliotecas de la WPA a Eleanor Roosevelt, lo que sin duda ha favorecido su preservación. Estos escasos ejemplares nos permiten hoy asomarnos a las vidas de las comunidades por y para las que se crearon.

5. Brotes de vida para la comunidad

Y así fue como en pocos años, las bibliotecarias de Kentucky realizaron una inmensa tarea educativa. Cumplieron con el programa que la WPA les había encargado e incluso sobrepasaron lo previsto: este se convirtió en uno de los proyectos estrella de la agencia.

El programa contribuyó, en efecto, al sustento de quienes se hacían cargo de las bibliotecas y sus familias; indirectamente también ayudó económicamente a quienes aportaban las monturas. Supuso un apoyo a la labor de las y los maestros de lo que hoy llamaríamos aulas agrupadas, en las pequeñas escuelas rurales, a quienes surtió de materiales y para quienes fomentó un clima de valoración de la alfabetización y del saber, también del no menos importante placer lector. En este sentido, tal y como esperaba el gobierno, el plan fomentó el interés por el aprendizaje de la lectura y escritura, que pasaron a valorarse como vías de mejora personal y social, así como de enriquecimiento y disfrute personal.

En un nivel más profundo y menos visible, la labor de estas bibliotecas móviles fue más allá. Sirvió para reconfortar muchas vidas difíciles, creando lazos entre la población, y llevó el aliento de la palabra escrita allá donde esta no hubiera llegado de otra manera. Además, en el grupo de personas que llevaba a cabo este proyecto se asentó, a través de la experiencia de los efectos de la lectura, la convicción de estar mejorando su comunidad, un sentimiento de orgullo que se sumaba a la valoración general de los beneficios de la alfabetización y la lectura.

Las bibliotecarias del este de Kentucky realizaron una tarea que pudo contabilizarse en lo externo, pero fueron también semiente de valores intangibles en un terreno aparentemente baldío.

Entre sus inicios en 1934-5 y su cancelación en 1943, cuando la guerra requirió de nuevas ocupaciones para la población, el programa arrojó cifras llamativas para tan pocos medios. Se destacan aquí algunas de las que *Bibliotecarias a caballo* recoge:

- . Se calculan más de 1 000 mujeres bibliotecarias que recorrían entre 160 y 200 km por semana, abasteciendo casi a 1 000 000 de usuarios.
- . Se cubrieron 16 000 km² en 42 condados de Kentucky.
- . Se ponían en circulación unas 500 000 publicaciones, de las cuales más de 2 000 eran libros de recortes

Cuando más tarde, en 1954 se puso en marcha el *Book Mobile Program* de Kentucky, con vehículos a motor, el terreno ya estaba abonado: los brotes de aquella primera simiente seguían vivos, y pudieron seguir creciendo gracias al nuevo riego de papel impreso.

6. El aporte de la tradición: breves apuntes a partir del este plan

En relación con las líneas de este X Congreso Nacional, cabe preguntarse si este eslabón en la tradición de las bibliotecas móviles puede inspirar a las actuales redes más allá del ejemplo y la emoción, si este precedente histórico es capaz de sugerir nuevas experiencias en nuestras comunidades rurales.

Pues bien, en las líneas que siguen quisiera sugerir algunas posibilidades que, en la estela del caso que aquí se ha expuesto, contribuyan al fomento lector y a la creación de vínculos intergeneracionales y comunitarios.

En relación con la lectura de imágenes por parte de muchos de los receptores, y del hecho de que a menudo eran las niñas y niños quienes guiaban la lectura colectiva, merece la pena prestar atención a algunos tipos de libro. Por una parte, la consideración de la lectura bimedial –texto e imagen-, especialmente en torno a ciertos géneros como el álbum ilustrado o el fotolibro, permitiría realizar experiencias y talleres de lectura entre la población de mayor edad a la que por diversos motivos resulta compleja la lectura de otros textos. Convendría apartar los estereotipos que vinculan la ilustración y preparar guías de lectura con libros álbum para adultos o para todas las edades, pues todos los temas caben en el libro álbum, que puede leerse sencillamente como un género más que, por la imbricación de texto e ilustración requiere una lectura diferente. Las diferentes interpretaciones y niveles de lectura que permite, así como su extensión, puede hacerlo especialmente apropiado, con una buena selección, para la realización de talleres o lecturas intergeneracionales.

De otro lado, los libros de recortes o *scrapbooks* pueden constituir proyectos comunitarios que vinculen a distintas poblaciones en una misma zona. Son muchos los aspectos que podrían abordarse y en los que implicar a la comunidad. Podría buscarse una lista de temas etnográficos para seleccionar alguno de ellos, tal vez en proyectos a largo plazo que comprendan varios; entre muchos otros: cancionero popular de tradición oral, juegos tradicionales, festividades, memoria personal, recetario, historias y leyendas locales, etc. Estas actividades pueden también dar cabida asimismo a personas de diferentes edades, si se encarga a los participantes más jóvenes de buscar informantes entre la población de edad más avanzada.

Además de los materiales impresos o dispersos por la red, hoy en día pueden recogerse para su escaneo (o fotografía con un sencillo móvil) y devolución a los propietarios fotos, antiguas publicaciones, libros de recetas-, o pueden sencillamente fotografiarse. Todo ello podría tratarse de diferentes maneras: imprimirse y combinarse con otras fotografías o dibujos en la elaboración de pequeños fanzines con público infantil, o en talleres familiares para todas las edades, combinando el material visual con información sobre el tema elegido recabada de fuentes escritas y de los propios miembros de la comunidad. Además de elaborar y reproducir un fanzine físico, cabría implicar a la población más joven en la producción de otros materiales en soporte audiovisual.

Todas estas actividades pueden realizarse en un único punto de la red, pero también ponerse en circulación en un área concreta, en una especie de cuadernos temáticos viajeros que pudieran irse nutriendo del testimonio y la labor de personas de diferentes poblaciones. Sería necesario contar un soporte cuyas páginas pudieran manipularse más adelante si fuera necesario si el proyecto cobrase interés o mayores dimensiones –cuadernos de suficiente gramaje microperforados-; a partir de ahí, los bibliotecarios, junto con más interesados podrían adoptar este papel de compiladores y editores. De proyectos modestos en ocasiones pueden surgir otros más estables y de mayor envergadura, sobre todo si se encuentra apoyo de personas residentes en las poblaciones o vinculadas afectivamente a ellas.

Probablemente estas o iniciativas similares se hayan puesto ya en marcha en algunas redes de bibliobuses. Para su implementación, dar a conocer por distintos medios –también mediante los libros a ellas dedicados- los logros de las bibliotecarias de Kentucky, así como los de otras bibliotecas móviles que cuenten con logros similares, puede ser estímulo para talleres o pequeños proyectos, especialmente en torno a los cuadernos de recortes.

En definitiva, en un momento en que el patrimonio popular desaparece a gran velocidad y en que contamos con muchos más medios que antaño para su preservación, la labor de las bibliotecarias montadas –como la de sus coetáneas misiones pedagógicas o distintas bibliotecas móviles hoy en día- puede inspirar actividades que dinamicen las comunidades a través de la indagación en su propio patrimonio y en los lazos culturales que contribuyen a su cohesión. En este sentido, los bibliobuses pueden fomentar proyectos comunitarios de diverso alcance, también itinerantes, que involucren a distintas generaciones en torno a aquello que las conforma y les es realmente propio.

Bibliografía

- Appelt, Kathi y Jeanne Canella Schmitzer (2001): *Down Cut Shin Creek. The Pack Horse Librarians of Kentucky*, Harper Collins, 2001; Purple House Press 2019
- Bickel, Thomas (dir) (2022): *The Pack Horse Librarians of Appalachia*. Documental. KET (Kentucky Educational Television), <<https://www.ket.org/program/the-pack-horse-librarians-of-appalachia/>>
- Boyd, Donald C. (2007): “The Book Women of Kentucky: The WPA Pack Horse Library Project, 1936-1943”, *Libraries & the Cultural Record*, 42/ 2 , 111-128, <<https://www.jstor.org/stable/25549400>>
- Henson, Heather y David Small (il.), (2010): *La señora de los libros*, Barcelona, Juventud. *That book woman*, Nueva York, Atheneum/Simon and Schuster [2008]
- Kentucky State Librarian y USWPA, *Packhorse Librarian Album (1936-39)*, Kentucky State Digital Archives, <https://kdla.access.preservica.com/index.php?name=SO_1cb6bc6c-d501-4ca2-9b9d-c8502b74241e>
- Kitchen Sisters (2018): *The Pack Horse Librarians of Eastern Kentucky*, NPR (National Radio Program), <<https://www.npr.org/2018/09/13/647329067/the-pack-horse-librarians-of-eastern-kentucky?t=1660043904924>>
- Pasamar, Concha (2022): *Bibliotecarias a caballo*, Bilbao, A Fin de Cuentos [en prensa].
- Puller, Angelia (curator), *Packhorse Librarians in Kentucky. WPA Project. 1936- 1943*. Goodman-Paxton Photographic Project. Works Progress Administration / Work Projects Administration Collection. University of Kentucky, <<http://www.kywrh.org/wp-content/uploads/2012/07/WPA-Project-pack-horse-librarians-in-kentucky-1936-43.pdf>>
- Richardson, Kim Michele (2019): *The Bookwoman of Troublesome Creek*, Sourcebooks Landmark.
- Schmitzer, Jeanne Canella (1998): *The Pack Horse Library Project of Eastern Kentucky: 1936-1943*, (Tesis de Máster), Universidad de Tennessee, <https://trace.tennessee.edu/utk_gradthes/2236/>
- Schmitzer, Jeanne Canella (1997): “Reaching Out to the Mountains: The Pack Horse Library of Eastern Kentucky”, *The Register of the Kentucky Historical Society*, 95/1, 57-77, <www.jstor.org/stable/23383806>

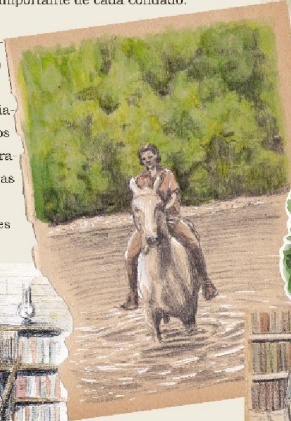
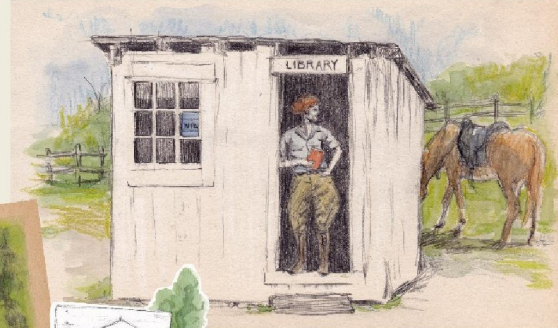
Vance, Jason (2012), "Librarians as Authors, Editors and Self-Publishers: The information Culture of the Kentucky Pack Horse Library", *Library & Information History*, 28/4, 289-308, <<https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1179/1758348912Z.0000000020>>

LIBROS SIEMPRE EN MOVIMIENTO

Había que poner en marcha el proyecto, y estaba claro quiénes se ocuparían del trabajo: sobre todo, mujeres. Solo por saber leer y escribir, el único requisito, podrían firmar un contrato con el que mantener a sus familias y, de paso, mejorar también la vida de la comunidad.

Pero, claro, también hacían falta libros. Y un lugar para acogerlos, una especie de biblioteca general en el pueblo más importante de cada condado.

En realidad, esa sede central podría ser cualquier sitio: la oficina de correos, la escuela, o incluso una casa particular. Y tampoco llegó nunca a funcionar como una biblioteca propiamente dicha, porque contenía tan pocos libros que no podían quedarse siempre allí. Al contrario, para que a todas las zonas llegaran nuevas lecturas, debían intercambiarse, siempre rotando, siempre en movimiento, entre las sedes centrales vecinas.



De cada una de ellas dependerían entre cuatro y seis bibliotecarias. Pero como el gobierno solo tenía dinero para pagar a las mujeres de los libros, las *book women*, como empezaron a llamarlas, conseguir material fue también difícil. Con el tiempo, se fueron recibiendo donaciones de revistas y libros usados y se organizaron colectas para comprarlos.

Poco a poco la letra impresa se abría camino hasta los lugares más remotos. Un camino trazado gracias al coraje de aquellas mujeres que debían recorrer ese último tramo con los libros, para entregarlos, entre bosques, pendientes vertiginosas y torrentes, a manos y ojos sedientos de palabras.

Editoras todoterreno

Siempre de mano en mano, siempre en el vaivén de las alforjas, los libros, que ya llegaban usados a las bibliotecas, se deterioraban rápidamente. Sus lectores no los cuidaban demasiado: doblaban las páginas o las pasaban humedeciéndose el dedo. Por eso, una vez a la semana, las *book women* se reunían en la sede central para repararlos.

Pronto se hicieron también editoras, porque supieron aprovechar la escasez y convertir las partes salvables de libros y revistas en nuevas obras, añadiendo a los recortes algunos textos que interesaban especialmente a sus lectores.

Hicieron obras colectivas, pues incorporaban recetas o indicaciones que los vecinos -sobre todo las mujeres- compartían con ellas, como agradecimiento por su servicio. En definitiva, eran libros "construidos" a la medida de su público.

Hicieron cientos los álbumes así creados; miles, en realidad. Pero son pocos los conservados hasta hoy.

Los que han sobrevivido al paso del tiempo nos resultan fascinantes: nos permiten asomarnos a las vidas de aquellas comunidades por y para las que se crearon.



En estos libros de recortes no faltaban los asuntos de actualidad, como las noticias sobre los actores y actrices de Hollywood, nuevos medios de transporte o acontecimientos internacionales (la guerra civil en España o el ascenso del partido nazi en Alemania).

Podían crearse por temas, y reunir en sus páginas patrones para coser un edredón, recetas caseras, baladas, curiosidades e historias locales, consejos para la granja, remedios caseros y medicinales. Lo práctico y lo científico se iba así haciendo un hueco entre las supersticiones.

Las bibliotecarias ilustraban estos *scrapbooks* (libros de recortes) con postales o imágenes de otras publicaciones; cosían y añadían las cubiertas: eran realmente editoras todoterreno.